

qué es lo que decía; y además si Mr. Snodgrass hablaba aparte con Emilia Wardle; y en este caso, cuál era el tema de su conversación. A esto responderemos que lo que quiera que le dijeran á las jóvenes no se lo dijeron á Mr. Pickwick ni á Mr. Tupman durante veinticuatro millas de camino, y que en todo el viaje suspiraron con frecuencia y rehusaron la cerveza y el aguardiente que se les ofrecía.

Si nuestras juiciosas lectoras pueden sacar de estos hechos algunas conclusiones satisfactorias, nosotros no nos oponemos á ello.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPÍTULO XXXII
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Consagrado todo entero á la ley y á sus sabios intérpretes

En varios rincones y callejuelas del Temple se encuentran algunas habitaciones sombrías y sucias, hacia las cuales se dirigen sin cesar durante la mañana y al caer de la tarde innumerables cuadrillas de pasantes de procurador, llevando enormes paquetes de papel en los bolsillos y debajo del brazo. Hay varios grados entre los pasantes, á saber: el primero, que paga pensión y es procurador en perspectiva, tiene cuenta corriente con el sastre, recibe invitaciones de tertulias, conoce varias familias, sale de la ciudad en vacaciones para ir á ver á sus padres, es en fin, el aristócrata de los pasantes.

Hay el pasante asalariado, interno ó externo, según los casos, que consagra la mayor parte de sus treinta chelines semanales á adornar y distraer su persona. Tres veces por semana asiste por mitad de precio á las representaciones del teatro *Adelphi*, y hace majestuosamente algunas proezas de libertinaje en las tabernas que están abiertas después de cerrarse los teatros; es, en fin, una deseada caricatura de la moda de hace seis meses. Viene en seguida el expedicionario, hombre de cierta edad, padre de una numerosa familia; suele emborracharse. Hay, en fin, la variedad casi infinita de pasantes, que no podemos enumerar; pero aunque innumerables, se les ve dirigirse regularmente á ciertas horas á los sitios que acabamos de mencionar.

Aquellos antros, separados del resto del mundo, nos representan las oficinas públicas de justicia. Allí se hacen las averiguaciones; allí se forman los juicios; allí se toman las declaraciones; allí se ponen en movimiento una multitud de pequeñas máquinas para tormento de los fieles súditos de su majestad y para provecho de los hombres de ley. Son en su mayor parte salas bajas y húmedas, donde las innumerables hojas de papel, depositadas desde hace un siglo, emiten un agradable perfume, al cual viene á mezclarse durante el día un olor á podredumbre, y durante la noche las exhalaciones de las capas y paraguas húmedos, de las velas rancias.

Quince días después de la vuelta de Mr. Pickwick á Londres, se vió entrar en una de aquellas oficinas, á eso de las siete y media de la tarde, á un individuo, cuyos largos cabellos estaban cuidadosamente enroscados bajo las alas de su sombrero. Llevaba un gabán obscuro, y sus pantalones estaban tan tirantes, que amenazaban romperse por las rodillas á cada movimiento. Sacó del bolsillo un pedazo de pergamino largo y estrecho, sobre el cual el funcionario imprimió un timbre negro é ilegible. El tal individuo sacó en seguida de otro bolsillo cuatro pedazos de papel de las mismas dimensiones, que contenían copias impresas del pergamino, con algunos blancos para poner nombres. Llenó los blancos, volvió á poner los cinco documentos en sus bolsillos, y se marchó á buen paso.

Aquel hombre no era otro que nuestro antiguo conocido Mr. Jackson, de la casa Dodson y Fogg, en Cornhill. Pero en lugar de volver al estudio de donde venía, dirigió sus pasos á Sun Court, y entrando en el hotel de *El Buitre*, preguntó si estaba allí un tal mister Pickwick.

—Tom — dijo la joven que estaba en el mostrador, — llama al criado de Mr. Pickwick.

—No es preciso — dijo Jackson, — vengo á negocios. Si queréis indicarme la habitación de Mr. Pickwick, subiré yo solo.

—¿Vuestro nombre? — preguntó el mozo.

—Jackson.

El mozo subió á anunciar á Mr. Jackson; pero mister Jackson le evitó la molestia de anunciarle, entrando en la habitación antes de que el mozo pudiera articular palabra.

Aquel día, Mr. Pickwick había invitado á sus tres amigos á comer, y estaban sentados alrededor del fuego, bebiendo alegremente, cuando Mr. Jackson se presentó de la manera que hemos indicado.

—¿Cómo estáis, caballero? — dijo inclinándose ante Mr. Pickwick.

El filósofo saludó con ademán de sorpresa, porque no conservaba en la memoria la fisonomía de mister Jackson.

—Vengo de casa de Dodson y Fogg — dijo mister Jackson.

Nuestro héroe se irritó al oír aquellos nombres.

—Caballero — dijo, — dirigios á mi procurador, mister Perker, en Gray. ¡Jun! mozo, acompañad á este caballero.

—Os pido perdón, Mr. Pickwick — dijo Jackson, poniendo su sombrero en tierra con ademán resuelto, y sacando de su bolsillo el pergamino. — Ya sabéis, mister Pickwick, que la actación debe ser significada por un agente ó un pasante, hablando á su persona, etc.... Es preciso mucha prudencia en las formalidades legales, ¿eh? ¿eh? ¿eh?

Mr. Jackson apoyó entonces sus dos manos en la mesa, y mirando alrededor con una sonrisa persuasiva, continuó así:

—Vamos, no discutamos por tan poca cosa; ¿quién de vosotros, señores, se llama Snodgrass?

A esta pregunta, Mr. Snodgrass tembló tan visiblemente, que no tuvo necesidad de dar más respuesta.

—¡Ah! lo sospechaba — dijo Mr. Jackson de una manera más afable que antes; — tengo aquí un papel para vos.

—¿Para mí? — exclamó Snodgrass.

—Es tan sólo una citación, un *sub pena*, en el proceso de Bardell contra Pickwick, á petición de la demandante — replicó el representante, sacando uno de los papeles y un shelling; — creemos que será para el 14 de febrero, aunque la citación tiene la fecha del 10, y nosotros hemos pedido un jurado especial. Tomad, para vos, Mr. Snodgrass.

Y hablando así, Mr. Jackson presentó al papel á Mr. Snodgrass, y puso en su mano el papel y el shelling.

Mr. Tupman había contemplado aquella operación con asombro silencioso. De repente, el pasante le dijo, volviéndose á él de improviso:

—Creo que vuestro nombre es Tupman, caballero, ¿no es eso?

Mr. Tupman miró á Mr. Pickwick, y replicó:

—Sí, señor, mi nombre es Tupman.

—Y este otro caballero es Mr. Winkle, según creo.

Mr. Winkle balbuceó una respuesta afirmativa, y todos tres recibieron de Mr. Jackson un pedazo de papel y un shelling.

—Ahora — dijo éste, — temo que me toméis por importuno, pero aun creo que necesito á alguno; aquí tengo el nombre de Samuel Weller.

—Mozo — dijo Mr. Pickwick, — llamad á mi criado. El mozo se retiró muy admirado, y Mr. Pickwick hizo señas á Jackson para que se sentara.

Hubo un silencio profundo, que fué al fin interrumpido por el sirviente procesado.

—Caballero — dijo con creciente indignación, — supongo que la intención de vuestros patronos es procurar que mis amigos declaren como testigos contra mí.

Mr. Jackson aplicó su dedo índice al lado izquierdo de la nariz, á fin de dar á entender que no venía á divulgar los secretos de la oficina; después dijo:

—No puedo decir... no sé.

—¿Con qué otro objeto pueden ser citados mis amigos?...

—No os canséis... yo no sé. Los agentes de Mr. Perker se cansarán en vano para averiguar el objeto de estas citas. Cuando el juicio llegue lo sabrán todos.

Mr. Pickwick expresó con una mirada la excesiva repugnancia que aquel hombre le causaba, y hubiera acumulado espantosos anatemas sobre la cabeza de Dodson y Fogg, si no se lo hubiera impedido la entrada de Sam.

—¿Sois Samuel Weller? — dijo Jackson.

—Esa es la mayor verdad que habéis dicho en vuestra vida — dijo Sam tranquilamente.

—He aquí un *sub pena* para vos.

—¿Y qué es eso?

—He aquí el original — dijo Jackson, sin querer dar más explicaciones.

—¿Cuál?

—Este — contestó Mr. Jackson, sacudiendo el pergamino.

—¡Ah! ¿ese es el original? pues bien; me alegro mucho de conocerlo; es un agradable espectáculo que me regocija el espíritu.

—Y he aquí un shelling de parte de Dodson y Fogg.

—Es raro que me hagan ya regalos Dodson y Fogg, que me conocen bien poco. Esto es lo que yo llamo mucha política; les honra mucho este afán de recompensar el mérito donde quiera que se halle. Estoy conmovido.

Mr. Jackson parecía estar un poco amostazado de las palabras de Sam; pero como había entregado las cédulas de citación, y no tenía nada más que decir, hizo la demostración de ponerse el único guante que llevaba ordinariamente en su mano para salvar las apariencias, y volvió á su estudio á dar cuenta de su misión.

Mr. Pickwick durmió poco aquella noche. Su espíritu había sido desagradablemente excitado; almorzó muy temprano al siguiente día, y ordenando á Sam que le acompañara, se puso en camino para Grag Jun. Durante

algunos segundos, contempló con ademán distraído el rostro de su criado, y lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué hay, señor?

—Sam, el juicio será el 14 del mes próximo.

—¡Notable coincidencia!

—¿Qué tiene de notable, Sam?

—El día de San Valentín, señor. ¡Famoso día para juzgar una violación de promesa de matrimonio!

La sonrisa de Sam no disipó la tristeza de su amo, que continuó en silencio su camino.

Al fin llegaron amo y criado al gabinete de mister Perker.

Mr. Lowten estaba en la puerta hablando con un hombre cuyo ademán y vestidos eran igualmente miserables; las botas no tenían tacones, ni sus guantes tenían dedos; se veían señales de sufrimientos, de privaciones, casi de desesperación, en su rostro flaco y demacrado por los pesares. Tenía la conciencia de su pobreza, porque se apartó hacia el lado oscuro de la escalera cuando se acercó Mr. Pickwick.

—¡Es una desgracia! — decía el desconocido suspirando.

—Efectivamente — respondió Lowten, garabateando su nombre sobre la puerta y borrándolo con las barbas de la pluma; — ¿queréis que le diga alguna cosa?

—¿Cuándo creéis que volverá?

—No lo sé — respondió Lowten, guiñando el ojo á Mr. Pickwick, mientras el desconocido fijaba los ojos en el suelo.

—¿No vale la pena de esperar? — preguntó el pobre hombre, mirando con envidia al interior del despacho.

—¡Oh, no! — contestó el pasante, colocándose en medio de la puerta. — Es seguro que no vendrá esta semana... y tal vez no venga tampoco en la que viene. Cuando Mr. Perker sale de Londres, no tiene mucha prisa en volver.

—¡Fuera de Londres! — dijo Mr. Pickwick; — ¡qué contrariedad!

—No os vayáis, Mr. Pickwick — dijo Lowten; — tengo una carta para vos.

El desconocido pareció vacilar; contempló de nuevo el suelo, y el pasante guiñó el ojo á Mr. Pickwick.

—Entrad, Mr. Pickwick — dijo Lowten; — y vos, Mr. Watty, ¿me dais algún recado ó volvéis?

—Decidle que me informe del estado de mi asunto — respondió el desventurado Watty. — ¡Por el amor de Dios, no lo olvidéis, Mr. Lowten.

—No lo olvidaré — respondió el curial. — Entrad, Mr. Pickwick. Adiós, Mr. Watty... buen tiempo para

dar un paseo.

Diciendo esto, y viendo que Mr. Watty vacilaba aun, hizo señas á Sam de que siguiera á su amo al despacho, y cerró la puerta en las narices del pobre diablo.

—¡Creo que no se ha visto nunca un banquero en quiebra más insoportable! — exclamó Lowten, dejando la pluma en la mesa con todo el mal humor de un hombre ultrajado. — No hace todavía cuatro años que su asunto está en el tribunal de la Cancillería, y viene á fastidiarnos dos veces por semana. Hace mucho frío para perder el tiempo en pie á la puerta delante de pelagatos como estos.

Profiriendo estas frases de despecho, Lowten atizaba un buen fuego; después añadió:

—Entrad por aquí, Mr. Pickwick; Mr. Perker está; yo sé que os recibirá de buena gana.

—¡Ah! mi querido amigo — dijo el pequeño procurador levantándose cuando Mr. Pickwick fué anunciado.

—¿Qué hay de vuestro negocio? ¿eh? ¿habéis oído hablar de Dodson y Fogg? No se andan por las ramas. Son unos pájaros muy gordos.

Al concluir este elogio, tomó un polvo de tabaco, por vía de tributo á la pillería de Dodson y Fogg.

—Son unos solemnes bribones — dijo Mr. Pickwick.

—Sí, sí — contestó el pequeñuelo; — es cuestión de opiniones, y no disputaremos sobre ello; por lo demás, nosotros hemos hecho lo que se ha podido; yo he apalabrado á Mr. Snubbins.

—¿Es un hábil abogado?

—¿Hábil? ¡gran Dios! qué cosas preguntáis; mister Snubbins es el primero de su profesión; tiene tres veces más negocios que los mejores abogados, está encargado de todos los procesos de esta clase; no hay que decir esto fuera, pero acá, entre nosotros, puede decirse que hace de los tribunales lo que quiere.

El hombrecillo tomó un nuevo polvo de tabaco, acompañado de un gesto misterioso.

—Han citado á mis tres amigos — dijo el filósofo.

—¡Ah! necesariamente; son testigos importantes; os han visto en una situación delicada.

—Pero no es culpa mía que ella se pusiera mala; ella misma se echó en mis brazos.

—Es muy probable, muy probable y muy natural; ¿pero cómo se probará eso?

Mr. Pickwick pasó á otro asunto, porque la pregunta de Mr. Perker le desconcertó un poco.

—También han citado á mi criado — dijo.

—¿A Sam?

Mr. Pickwick replicó afirmativamente.

—Es natural, muy natural, mi querido amigo; ya

lo sabía yo; hubiera podido decíroslo hace un mes; ya veis, amigo; si queréis arreglar vuestros asuntos vos mismo después de haberlos confiado á un procurador, es preciso sufrir las consecuencias.

Mr. Perker se irguió con dignidad.

—¿Qué quieren ellos probar con estos testigos? — preguntó Mr. Pickwick después de dos ó tres minutos de silencio.

—Que vos enviasteis á la demandante para tratar de algún arreglo. Por lo demás, no hay en esto gran inconveniente, porque creo que nuestros adversarios sacarán poco de él.

—No lo creo — dijo Mr. Pickwick, que no pudo menos de sonreír al figurarse á Sam declarando como testigo. — ¿Y qué camino vamos á adoptar? — añadió.

—Uno solo, mi querido amigo: examinar á los testigos, fiarnos en la elocuencia de Mr. Snubbins, echar un polvo á los ojos de los jueces y pedir jurado.

—¿Y si sentencian contra mí?

Mr. Perker sonrió, tomó un polvo, atizó el fuego, alzó los hombros y guardó un silencio expresivo.

—Queréis decir que en tal caso es preciso que yo pague los daños y perjuicios — continuó Mr. Pickwick, que había examinado aquella respuesta telegráfica.

Perker dió al fuego otra sacudida poco necesaria, y dijo:

—Me lo temo.

—Y yo — replicó Mr. Pickwick con energía, — yo os declaro mi resolución inquebrantable de no pagar costas de ninguna clase, ninguna, Mr. Perker; ni una guinea, ni un penique se meterán por esto en el bolsillo Dodson y Fogg; tal es mi determinación, firme, irrevocable; — y al decir esto, Mr. Pickwick descargó sobre la mesa un fuerte puñetazo para probar la irrevocabilidad de sus intenciones.

—Muy bien, amigo mío, muy bien; vos sabéis mejor que nadie lo que debéis hacer.

—Sin duda — contestó nuestro héroe con vivacidad.

—¿Dónde vive Mr. Snubbins?

—En *Old. Square, Lincoln Street.*

—Quisiera verle.

—¡Ver á Mr. Snubbins! — exclamó Perker con el mayor asombro; — ¡imposible! ver á Mr. Snubbins, ¡jamás se ha pedido semejante cosa! Es cosa absolutamente imposible, á no ser que se hayan pagado los honorarios con anticipación, y que él os dé una cita.

—A pesar de todo esto, Mr. Pickwick estaba decidido á ver á Snubbins, y por consiguiente, después de haber oído de boca de su procurador que era imposible ver al abogado, nuestro héroe fué conducido por Per-

ker al gabinete exterior del ilustre letrado Mr. Snubbins.

Era una habitación muy grande, pero sin tapiz; junto al fuego había una mesa cubierta con un tapete que quería ser verde en todos los puntos donde no estaba manchado de tinta; se veían sobre la mesa una enorme cantidad de paquetes de papel atados con hilos rojos; y detrás de la mesa estaba un curial de bastante edad, cuya apariencia anunciaba la clientela lucrativa de Mr. Snubbins.

—¿El abogado está en su despacho, Mr. Maillard? — preguntó Perker al viejo pasante, ofreciéndole su tabaquera con toda la cortesía imaginable.

—Sí, pero está ocupado; ved cuánto negocio, todavía no ha podido dar su opinión sobre ninguno de ellos, aunque los honorarios de todos están pagados ya.

El pasante sonrió diciendo esto, y respiró un polvo de tabaco con una sensualidad que parecía estar compuesta de gusto por el tabaco y amor á los honorarios.

—¡Buena clientela! — dijo Mr. Perker.

—Sí — respondió el pasante ofreciendo á su vez la tabaquera con la mayor cordialidad; — y lo mejor del negocio es que nadie entiende la letra de mi patrono como yo; así es que cuando da una consulta es preciso que yo haga la copia, ¿eh? ¿eh?

—Lo cual contribuye á vaciar la bolsa del cliente, ¿eh? ¿eh? ¿Habéis hecho la cuenta de los honorarios que os debo? — dijo Mr. Perker.

—Todavía no.

—Pues hacédla entonces; pero estáis muy ocupado en guardar el dinero contante para ocuparos de vuestros deudores, ¿eh? ¿eh?

Esta broma pareció agradar al pasante, que sonrió.

—Ahora, Mr. Maillard, mi querido amigo — dijo Perker recobrando su gravedad, — es preciso que persuadáis á vuestro patrono de que me reciba.

—¡Vamos, qué ocurrencia! ¡ver á Mr. Snubbins! ¡eso es absurdo!

A pesar de lo absurdo de la proposición, el pasante se dejó llevar aparte, donde no oyera Mr. Pickwick, y después de algunos cuchicheos con Perker, desapareció en el santuario de la lumbrera del derecho; volvió luego andando sobre la punta de los pies, y dijo á Perker y á Pickwick, que había decidido á Mr. Snubbins á admitirlos inmediatamente, con violación de todas las reglas establecidas.

Mr. Snubbins podía tener cincuenta años; era un individuo pálido, flaco, seco; tenía ojos redondos apagados, como se encuentran generalmente en las personas aplicadas durante muchos años á laboriosos y monótonos

estudios; sus cabellos eran pocos y lacios, lo cual podía atribuirse á que no dedicaba mucho tiempo á arreglarlos, y sobre todo, á que había llevado durante muchos años la peluca legal que se veía detrás de él sobre una cabeza de palo; las manchas que se veían en su cuello, su corbata de batista mal planchada y mal puesta, indicaban que desde que había dejado el tribunal, no había tenido tiempo de ocuparse de su vestido; libros de derecho, montones de papeles, cartas abiertas, estaban esparcidos sobre la mesa sin ninguna apariencia de orden; el mueblaje era viejo y destartado, las puertas de la biblioteca desvencijadas; el polvo cubría todos los objetos, las cortinas habían perdido el color por la edad y el humo, y en general, todo lo que había en la habitación, probaba muy claro que Mr. Snubbins estaba muy sorbido por su profesión para ocuparse de otras cosas.

El ilustre abogado estaba escribiendo cuando sus clientes entraron; saludó con aire distraído. Cuando Mr. Pickwick le fué presentado por su procurador, hizo señas de que se sentaran, colocó cuidadosamente la pluma en el tintero, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y esperó á que le hablaran.

—Mr. Snubbins — dijo Mr. Perker, — el señor es Mr. Pickwick, el demandado por mistress Bardell.

—¿Se me encarga este negocio?

—Sí, señor.

El abogado inclinó la cabeza y esperó otra comunicación.

—Mr. Snubbins — continuó el procurador, — mister Pickwick tenía un vivo deseo de conoceros antes que empezara á defenderle, para asegurarnos que no tiene fundamento ni pretexto alguno la causa entablada contra él, y para asegurarnos que no aparecería ante los tribunales si no tuviera la conciencia tranquila. ¿He expresado bien vuestro pensamiento? — continuó dirigiéndose á Mr. Pickwick.

—Perfectamente.

Mr. Snubbins cogió sus lentes, los elevó á la altura de su nariz, y después de haber considerado á nuestro héroe durante algunos segundos con gran curiosidad, se volvió hacia Mr. Perker y le dijo sonriendo:

—¿La causa de Mr. Pickwick es buena?

El procurador alzó los hombros.

—¿Os proponéis llevar testigos?

—No, señor.

La sonrisa del abogado se pronunció más; tosió ligeramente y se recostó en su sillón.

A pesar de lo ligeros que eran aquellos indicios de los sentimientos del abogado, Mr. Pickwick los compren-

dió bien; fijó más sólidamente sobre su nariz los anteojos, al través de los cuales había contemplado atentamente las demostraciones del hombre de ley, y después dijo con gran energía y despecho de los guiños y de los fruncimientos de cejas del procurador:

—¿Mi deseo de ser presentado á vos con este objeto parece extraordinario á una persona que entiende de muchos asuntos de esa clase?

El abogado se puso á mirar atentamente el fuego; y la sonrisa volvió á sus labios; mister Pickwick continuó:

—Los individuos de vuestra profesión, caballero, van siempre al lado malo de la naturaleza humana; todas las discusiones, todas las rencillas, todos los odios, se presentan ante vos; saben hasta qué punto se dejan vencer los jueces por la apariencia, y naturalmente atribuíis á los otros el deseo de emplear el medio cuyo valor conocéis tan bien; porque vosotros lo empleáis constantemente con el fin laudable y honroso de hacer todo lo posible en favor de vuestros clientes; creo que es posible atribuir á esta causa la fama que vulgarmente tenéis de fríos, suspicaces y egoístas. Es cierto, como dice mister Perker, que vengo á declararos positivamente que soy inocente de la acción que se me imputa; y aunque conozco el inestimable valor de vuestra defensa, añado que renunciaría á valerme de vuestro talento, si no estuviérais absolutamente convencido de mi sinceridad.

Mucho tiempo antes del fin de este discurso, el abogado se había distraído; sin embargo, al cabo de algunos minutos de silencio, y después de haber tomado su pluma, pareció acordarse de la presencia de su cliente, y alzando los ojos del papel, dijo en tono muy brusco:

—¿Quién está conmigo en esta causa?

—Phunky, — replicó el procurador.

—¿Phunky? ¿Phunky? nunca he oído ese nombre; ¿es algún joven?

—Sí, muy joven; hace muy pocas semanas que defendió su primera causa, y hace ocho años que está en la carrera.

—Ya me lo figuraba, — dijo Mr. Snubbins con ese acento de conmiseración que se emplea en el mundo para hablar de un pobre joven sin apoyo.

—Mr. Maillard, enviad á casa de...

—Phunky, en Holborn-Court, — añadió Perker.

—Decid que haga el favor de venir aquí un instante.

Mr. Maillard partió para ejecutar su comisión, y Mr. Snubbins volvió á caer en su abstracción, hasta el momento en que llegó Mr. Phunky.

Mr. Phunky, aunque abogado en ciernes, era un hom-

bre de edad madura; tenía maneras tímidas, embarazosas, y al hablar, vacilaba penosamente. Sin embargo, este defecto no parecía natural en él, sino causado por la conciencia que tenía de los obstáculos que le ponían la falta de protección y fortuna, ó tal vez la falta de práctica: estaba intimidado por el abogado, y se mostraba obsequiosamente cortés con el procurador.

—Nunca había tenido el placer de veros, mister Phunky, — dijo Mr. Snubbins con altanera condescendencia.

Mr. Phunky saludó; había tenido durante ocho años ó más el placer de ver á Mr. Snubbins y de envidiarle también con toda la envidia de un hombre pobre.

—Estáis conmigo en esta causa, por lo que veo, — dijo el abogado.

Mr. Phunky se sonrojó y saludó.

—¿Habéis leído los autos? — continuó el ilustre Snubbins.

Mr. Phunky hubiera debido declarar que no se acordaba; pero como había examinado todos los papeles que se le habían entregado, y como día y noche no había pensado otra cosa después de dos meses, se sonrojó más y saludó de nuevo.

—He aquí á Mr. Pickwick, — dijo el letrado, agitando su pluma en la dirección del sitio en que se hallaba nuestro héroe.

Mr. Phunky saludó á Mr. Pickwick con toda la reverencia que inspira un primer cliente, y en seguida inclinó la cabeza al lado de su colega.

—Podéis hablar con Mr. Pickwick, — dijo Snubbins, —y oír todo lo que quiera comunicaros. Después tendremos una consulta.

Habiendo dado á entender de este modo que le habían molestado bastante, Mr. Snubbins aplicó sus lentes á sus ojos, saludó ligeramente y se consagró absolutamente al asunto que tenía delante. Era un prodigioso asunto, un interminable proceso, ocasionado por el hecho de un individuo muerto hacía un siglo, el cual había invadido una vereda que llevaba de un sitio de donde nadie había venido nunca, á otro sitio donde jamás había ido nadie.

Mr. Phunky no quería pasar por ninguna puerta antes que Mr. Pickwick y su procurador; así es que tardaron mucho tiempo en llegar á la calle; se pasearon largo tiempo arriba y abajo, y el resultado de su conferencia fué que era muy difícil prever si la sentencia sería favorable ó no. Era imposible prevenir el resultado del negocio.

Después de haber oído otros muchos motivos de duda ó de consuelo, igualmente relativos á su asunto, mister

Pickwick sacó á Sam del profundo sueño en que había caído después de una hora, y habiéndose despedido de Lowten, volvió á la City seguido de su fiel criado.

CAPITULO XXXII

Donde se describe una tertulia de soltero, dada en su casa por Mr. Bob Sawyer.

El reposo y el silencio que caracterizan la calle de Lant, en el *Borough*, llevan al fondo del alma los tesoros de una dulce melancolía. Es una calle de travesía, cuya monotonía es consoladora, y donde se ven siempre muchos claveles clavados en las ventanas. Una casa de este sitio no podría llamarse hotel, en la estricta acepción de esta palabra; pero, sin embargo, es una vivienda muy cómoda: si alguno quiere alejarse del mundo, sustraerse á todas las tentaciones, precaverse contra todo lo que podría incitarle á asomarse á la ventana, le recomendamos esta calle con preferencia á otra cualquiera.

La noche en que Mr. Pickwick había sido invitado por Mr. Bob Sawyer, este joven estudiante y su amigo Mr. Allen estaban sentados junto á la chimenea, en una casa de la calle que hemos mencionado. Los preparativos de recepción estaban completos; los paraguas habían sido colocados detrás de la puerta del vestíbulo; la criada de la casera había quitado su gorro y su mantón de encima de la rampa de la escalera, donde estaban habitualmente depositados. No quedaban más que un par de huecos detrás de la puerta de la calle; y en fin, un candel de garabato, de larga mecha, ardía en la ventana de la escalera. Mr. Bob Sawyer había comprado él mismo los licores en una bodega de High Street, y había precedido hasta su domicilio al mozo que los llevaba, para evitar la posibilidad de un error. El ponche estaba ya preparado en una cacerola de cobre; una pequeña mesa, cubierta de un tapete verde, había sido puesta en la sala para el juego de cartas, y los vasos de la casa, con los que se habían pedido prestados en la taberna vecina, se ostentaban en una bandeja sobre el suelo. Apesar de la naturaleza singularmente satisfactoria de todos estos arreglos, una nube obscurecía la fisonomía